

Tiempos desfasados

Todo discurso sobre el humor resulta problemático. Al contraponer una explicación a lo que es en sí una evidencia, corre el riesgo, de hecho, de fracasar. Tanto más cuanto que el mismo término de humor está tan mal planteado en sí y tan mal delimitado, y se presta tanto a confusión¹, que exige infinitas caute- las, o circunloquios, lo cual conduce a un discurso atrevido o serio, yendo así a contrapié de lo que se pretende comentar.

Nuestros colaboradores no se han prestado a engaño y pocos son los que se aventuran a unos intentos de definición tan azarosos como vanos. Sin embargo, paradójicamente, algunos vuelven a su etimología, trayendo a colación la reacción del cuerpo con el fin de calibrar sus efectos—recorde- mos que el mismo término de «humor» proviene del latín *humor*, líquido del cuerpo humano.

Tenemos, ya desde la portada, la cara jovial de Renaud Perrin riendo a mandíbula batiente, lo cual nos lleva a los precoces versos horribles del im- pasible sabio Jean-Pierre Brisset. Tenemos también al insuperable Roland Topor, cuyas pinceladas, de humor o de dibujo, enlazan las múltiples torsiones del cuerpo. Y a Gwendal Oulès, quien se esmera en circunscribir a una lengua precisa los extravíos de la peculiar obra de Marion Fayolle, en la que par- celas de cuerpos desnudos se asocian —o no— con las palabras crudas para chocar contra la imagen al pie de su letra.

Si bien este número, ya lo vemos, se entrega sin reservas a una divertida exploración del cuerpo movido por el humor, no se limita a eso. Mientras que la risa se sitúa en el origen mismo del cómic —el propio término basta para recordar cuáles son sus fundamentos— y dentro de la literatura infantil y juvenil los éxitos comerciales, plebiscitados por un público principalmente infantil, obedecen cada vez con más seguridad a una virtud hilarante, nues- tros colaboradores han escogido interesarse por el humor como fruto de un desfase. Desfase esen- cial, por cuanto el objeto de estudio es el álbum o la tira cómica, puesto que dinamiza el espacio existente entre el texto y la imagen. Nos lo mues- tra Philippe-Jean Catinchi con varios ejemplos: el desfase se convierte realmente en un juego, en el sentido mecánico de la palabra, calentando entre

sí una piezas procedentes tanto de «fórmulas fe- roces» como de una «dulce voluptuosidad».

A su vez, Marianne Berissi sitúa la cuestión del tiempo como primera causa de los distintos desfa- ses que rigen el humor de las nuevas series para jóvenes lectores, no dejando de recordar en suma el desfase entre el humor impertinente destinado al niño y la recepción por parte de los padres me- diadores del libro, generalmente movidos por ilu- siones de absoluta sensatez para su progenitura. Y es que el humor ante todo va en contra de las expectativas.

No existe sector que no esté contaminado por la fuerza desviante del desfase. Eso mismo ocurre con el tan popular género del western, cuya propensión natural a provocar la parodia recuerda Liliane Chei- lan, antes de defender todo lo contrario y presen- tarnos a unos autores cuya sobriedad y melancolía no tienen nada de los excesos cómicos que fuerzan habitualmente a la risa. ¿Signo de los tiempos?, pregunta ella. Yann Fastier asegura, por su parte, que estamos en un periodo de estrechamiento del espacio reservado al humor, que elogia recordando su dimensión física, e incluso metafísica.

En época de crisis, todos abogan por la renova- ción. El incansable remero de nuestra canoa dice aplicarse a ello, mientras que Antonin Louchard ya trabaja sin descanso en este sentido desde hace mucho tiempo. Al menos, cuando las redes sociales no acaparan todos sus recursos creativos. Aunque, a este respecto, los tiempos también cam- bian considerablemente, ya que el fruto de muchas procrastinaciones, en un revés casi amoral, tan inesperado como estimulante, es hoy objeto de publicaciones editoriales impresas².

Sophie Van der Linden

Traducción, Mercedes Corral

¹ Paul Valéry, citado en el prólogo de la *Antología del humor negro* de André Breton, afirmaba: «La palabra humor es intraducible. Si no lo fuera, los franceses no la emplearían».

² Véase especialmente *Les Coulisses de l'édition jeunesse* en L'atelier du poisson soluble, y *La Paix, les colombes!* en la editorial Hélim, dos obras de recolección de batallas facebookianas en torno a Gilles Bachelet.

[EDITORIAL]

La imagen de cubierta de Renaud Perrin rinde homenaje al texto de Jean-Pierre Brisset:

Les dents, la bouche.
Les dents la bouchent.
L'aidant la bouche.
L'aide en la bouche.
Laides en la bouche.
Laid en la bouche.
Lait dans la bouche.
L'est dam le à bouche.
Les dents-là bouche.

Los dientes, la boca
Los dientes la tapan
ayudándola la boca
La ayuda en la boca
Feas en la boca
Feo en la boca
Leche en la boca
Está daño el en la boca
Esos dientes tapa

Jean-Pierre Brisset, *La Science de Dieu ou La création de l'homme*, Chamuel éditeur, 1900
Versión española en *Antología del humor negro*, André Breton, Ed. Anagrama, 1966. Trad. Joaquín Jordá.



Luz de antorcha

El humorismo literario, como bien apunta Vicente Ferrer en la entrevista que pronto vamos a leer, no es un género sino un estilo que atraviesa todos los géneros. Y más allá de lo literario, el humor es un rasgo innato de nues- tro entendimiento que trabaja con la subversión de los saberes para producir un efecto liberador tam- bién a nivel emocional.

El humorismo es intencional, por trivial que parezca. Solo un incidente cómico es accidental. Cuando un autor muestra un cómico accidente, ya sea verbal o situacional, es porque quiere provocar humor. Desde el disparate intrascendente hasta la mirada crítica del sarcasmo o la parodia, toda la gama está presente en los libros para requerir una torsión sobre las cosas. Si son serias, las haremos caer en el ridículo, y si no lo son, tratémoslas seriamente.

En este sentido, pocos catálogos libresco para la infancia se encuentran tan atravesados por la inten- ción humorística como el de la editorial valenciana Media Vaca. Con Vicente Ferrer, su editor, charlará Jesús Ge para contarnos de humores antiguos y modernos.

Dentro de los humores también existe el color. El humor blanco, por ejemplo, adecuado, según muchos, para generar esa recreación distanciadora

en los más pequeños. La ironía de línea clara en los libros de Jon Klassen queda perfectamente armoni- zada en esta gama. Arianna Squilloni nos descubre de qué manera sus personajes despiertan la empa- tía por ese lado cómico que todos tenemos.

Al otro extremo encontramos el humor negro, ácido y doloroso, junto al marrón, escatológico y abyecto; ambas entonan el universo alucinado del *Frank* de Jim Woodring. Pepo Pérez está aquí para hablarnos de ello, de la «risa cósmica», y de los sucesos deformantes que «desordenan y revientan la identidad» mientras asistimos atónitos a las aven- turas de Frank.

Ahora bien, el humorista también yerra. Y no es una cuestión de límites tanto como de aciertos. Decía Pio Baroja¹ que «la luz del humorismo es como la luz de la antorcha, que tan pronto esclarece fuertemente los objetos como los llena de humo». Desde aquí apelamos a ese humor sutil, fino, aquel que según Antoniorrobes «lo aprende un niño sin reírse», aquel que más allá del ingenio o la ocurrencia divertida apela al sentimiento y nos rompe también, un poco por dentro.

Ana G. Lartitegui

¹ Pio Baroja (1986). *La caverna del humorismo*, Madrid, Caro Raggio.